

JORGE GUILLERMO LLOSA

LA LIMA DE RICARDO PALMA

FUE Palma en su juventud romántico convicto y político en actividad, aunque en los años maduros abjurara indulgentemente de su poesía sentimental y olvidara, en amnesia voluntaria, sus intervenciones en cosas de la vida pública. Envuelto en una conspiración para derrocar al Presidente Ramón Castilla, el joven poeta terminó embarcado rumbo al exilio, dejando en unos versos la melancolía de su forzada ausencia:

*Parto ¡oh Patria! desterrado:
de tu cielo arrebolado
mis miradas van en pos...*

Valparaíso, con el verde diluido de sus colinas abiertas y la espumante sinfonía de sus escolleras, fue el puerto de arribo y refugio. Palma integró rápidamente el ambiente literario porteño. De su permanencia en Chile ha quedado el recuerdo de colaboraciones en diarios y revistas culturales, y de fervor americanista en sociedades de agudo tono romántico y liberal en las que chilenos y extranjeros residentes se proponían con vehemencia el áureo ideal de la unidad americana. De todo esto nos habla despacio y con afecto Guillermo Feliú Cruz —bibliotecario como Don Ricardo— en su libro *En torno a don Ricardo Palma*.

En la biografía del tradicionista, Chile es uno de los puntos cardinales. La estrella del sur marca el rumbo primero, el de la juventud. En la nave que lo alejó del Callao van sus amores y sus rebeldías. Con ellas fermentará este espíritu ilustre para destilar en los años maduros y sosegados el licor dulce, burlón y picante que son las *Tradiciones Peruanas*.

Las ciudades son formas de cultura creadas por la vida, por la historia de un grupo social. Ellas representan la mentalidad y el estilo de un pueblo; las hay con alma, con gracia, con vigor, y las hay místicas, femeninas, políticas, lógicas, plásticas y musicales. En esta galería, la Ciudad de los Reyes, la Lima rimense, muestra perfil propio, una leyenda de esplendor cortesano y un mito amable de florido vergel, en algo místico, en mucho venusiano.

En la literatura del virreinato comienza a expresarse el espíritu limeño. Junto y frente a la poesía de corte y de Academia —que cultivan virreyes-poetas y claustros universitarios y conventuales— brota una vena popular en los corrillos de los portales, en las gradas de la catedral, en torno a la fuente de la Plaza de Armas, en los paseos del Puente y la Alameda. La musa criolla se ceba en esta magnífica escenografía, en la que se refunden y conviven el barroco alarde del Virreinato español, la colorida pompa de procesiones y desfiles, el acre rigor de la Inquisición, la propensión galana y florida de costumbres andaluzas y resabios moriscos, el galante afrancesamiento de los virreyes borbónicos y de su arquitectura rococó, con la violencia cromática de los indumentos indígenas, la malicia bulliciosa de los africanos y el decorado local de flores rojas y doradas, perfume de un aire tibio que el mar agita con sus grandes abanicos de espuma.

El contraste es notorio y evidente para los que no llevan sobre los ojos la venda convencional. El tinglado y el retablo asoman tras la apariencia fastuosa y recargada de fingida corte imperial en el seno de un mundo que es todavía dominio de la naturaleza. Los poetas populares se burlan de esta comedia comenzando por las más altas autoridades civiles y eclesiásticas para concluir con los médicos ignorantes de su arte, los curiales, la nobleza ociosa y puntillosa, la clerecía de misa y olla. Lima es una ciudad que debe vivir como corte y lo hace con los tributos de un vasto y riquísimo territorio. Se convierte así en una forma de existencia consagrada al lujo —ostentación en la arquitectura y en el traje, sutileza en el espíritu— que extrema hasta el ridículo y la exageración los usos de las sociedades cortesanas. Crece así el campo de acción para la sátira popular. El ambiente facilita el desarrollo de esta musa festiva, porque Lima virreinal es una ciudad extrovertida en la que se vive en torno a la plaza, se refresca en el puente, se alborota en la Plaza de Toros, se presume en la Alameda. Cualquier suceso insignificante alcanza nombradía y circula agigantado por el río parlante de los portales y los corrillos de las esquinas encandiladas. Es un mundo en el que los sucesos cotidianos se transforman en núcleos de fábulas, de consejas, de tradiciones...

El advenimiento republicano significó un duro golpe para la vida fácil de la ciudad virreinal. Se separaron antiguas regiones tributarias y se disipó la riqueza tras años extenuantes en los que el Perú fue campo de batalla. Surgió la sociedad republicana conservando la división entre aristocracia y bajo pueblo, sin una fuerte burguesía intermedia. Esta misma situación, vigente en España en el siglo XIX, la propone Ortega y Gasset para explicar el nacimiento del "cursi", de quien sin tener los medios imita el tono de vida de una clase rica y elegante. En Lima el hecho social equivalente es "lo huachafo". El contraste sigue agudizándose, con el agravante de que en una sociedad republicana se supone establecida la igualdad de los ciudadanos y el imperio de la ley, lo que, siendo a todas luces desmentido por la realidad, origina una nueva fuente de contradicciones que alimentará la vena satírica de la primera generación de escritores peruanos de la Independencia.

La tradición española picaresca rebrota en este medio americano que tantas semejanzas presenta con la desvalida corte y villa madrileña de los tiempos de Quevedo.

La aclimatación de lo español en el Perú —en la raza, en los productos naturales, en el idioma— culmina a mediados del siglo XIX con una sociedad criolla de perfiles inconfundibles, en la que contribuyen con sus contingentes peculiares la tradición local indígena, los productos vernaculares y la sazón africana con aportes fundamentales en el folklore musical, en la danza, en la cocina y en el habla.

La literatura de la época es fiel expresión de esta sociedad criolla. Sus personajes republicanos —generales, magistrados, políticos, periodistas— se suman al policromo retablo tradicional y asoman en el teatro popular de Manuel Asencio Segura y en las acuarelas del genial mulato Pancho Fierro. Los peruanismos del lenguaje son estudiados y recogidos en el Diccionario de "Juan de Arona", autor, también, de una cáustica poesía de sorna en la que por primera vez aparecen sin disfraces los personajes de la naturaleza costeña. Sumándose, desde otro ángulo, a los satíricos del romanticismo, el clasicista Felipe Pardo y Aliaga arremete derecho contra los vicios de una democracia incipiente.

La ciudad misma, como creación cultural, ofrece ese definido carácter que será la estampa de la leyenda. Envuelta en su confidente niebla invernal, acariciada en verano por la brisa, cuajada de huertos y jardines, la vida discurre alegre y despreocupada. Llega a su apogeo la arquitectura de balcones corridos, ventanas de reja, quintas jaraneras, conventos con huertos floridos cuya paz sólo alteran los disparos

de endémicas revoluciones y correrías de montoneros. Los viajeros nos la recuerdan en estampas iluminadas y comentarios sorprendidos y amables. El pintor Rugendas, los franceses Radiguet y Frezier, los chilenos Lastarria y Bilbao, nos han dejado el testimonio de un pueblo original, a su manera feliz y orgulloso. Expresión del alma de la ciudad, la limeña impondrá su indiscutido predominio espiritual; Lima ha sidoalzada a su gusto y obsequio, y ella corresponde haciéndose esencia y símbolo con su traje de saya y manto, envuelta también —como por la niebla o por el balcón— en el misterio de su embozo.

Ricardo Palma es el escritor en el que remata y se inmoviliza, perfecta, la tradición literaria de Lima y la evolución de la sociedad criolla, nacida en el virreinato y rebosante en los agitados años de la república decimonónica.

Su obra es depositaria de un espíritu y de un lenguaje genuinamente limeños. En ella surge un nuevo tipo social que con donosura e independencia se burla de los mitos consagrados por la tradición aristocratizante de la ciudad. En Palma es notoria la simpatía por lo genuino, lo popular, el valor personal, el verdadero saber y la verdadera virtud. Las *Tradiciones* son una especie de pacífica revolución en la que una nueva mentalidad, una nueva clase social, se asegura espacio. Particular animosidad demuestra Palma contra la gente de pluma y papel sellado, símbolo de la odiosa burocracia y falso legalismo. Arremete contra la ciencia libresca y memorística de la Universidad pseudo escolástica, y se burla de la aristocracia civil y eclesiástica que pierde sus ocios en pueriles vanidades. El escribano "Dimas de la Tijereta" que le ganó un pleito al diablo, tipifica al gremio de los "Ante mí" y "doy fe". La ciencia verdadera, fruto de la observación y del ingenio de Santiago Cárdenas, "el volador", contrasta con la vana erudición del Cosmógrafo Mayor y de los doctores sanmarquinos. De la extravagante puntilliosidad de la nobleza nos ha dejado las estampas punzantes del Pleito de las Calesas, el Marqués de la Bula, y "Capricho de Limeña". A la autoridad virreinal la deja desnuda en la galería de virreyes galantes, poetas, herejes, y casamenteros.

Naturalmente, la sátira se extiende a la República en la que vive. Las *Tradiciones* son una denuncia, todo lo humorística que se quiera, contra la falsedad del régimen constitucional. Sus páginas más cordiales están dedicadas a figuras como Salaverry y Castilla, que encarnan un tipo de nacionalismo peruano sensible al alma popular.

Entre las muchas tradiciones que esbozan la tragicomedia de la política criolla recordamos *Las mentiras de Lerzundi*, las páginas sobre el gremio de los aguaderos, cofradía de negros que intervenía violenta-

mente desbaratando mesas de sufragio, la de *Hostias sin consagrar* en la que compara el "acato pero no cumpla" de la colonia con el gran "cúmplase" puesto por los Presidentes a las cotidianas leyes del Congreso; y la anécdota del ciudadano sorprendido a medianoche en su domicilio y que protesta ingenuamente invocando las garantías de la Constitución, a lo que contestó el "seide": "¡Constitución a estas horas. Que lo amarren al señor"; la del pacífico encargado de la Presidencia que aburrido de la gritería popular ordenó a su esposa arrojar la banda por el balcón; la del "cañoncito de Castilla", frase proverbial en el Perú para aludir a los obsequios interesados que hacen los aspirantes a cargos públicos.

La benignidad del clima —ya Cieza de León había escrito que era "una de las buenas tierras para pasar la vida humana"— y la facilidad para encontrar materiales de construcción ligeros y a la mano (que todos servían), hizo de Lima una ciudad abierta a la circulación, al aire fresco y a la tertulia callejera. Se alzó una arquitectura caprichosa en la que con elementos sencillos se desplegaba la imaginación y se propiciaba el mutuo verse y encontrarse de las gentes. Lima fue así, desde sus comienzos, ciudad de ágora, de plaza, de escenario. En las *Tradiciones* vemos la importancia que tienen en la vida ciudadana lugares como la Plaza de Armas, donde el fundador lanceaba becerros, desfilaban procesiones y milicias, se ajusticiaba a los reos y competían en orgullo el Virrey y el Arzobispo, disputando cuál tenía más derecho a andar bajo la sombra del baldaquín; la fuente de bronce construida bajo el Virrey Conde de Salvatierra, testigo riente y rumoroso de la animación virreinal y de la turbulencia republicana cuando a ella venía a abreviar el temido gremio de los aguadores; el Palacio de Pizarro, con su higuera aún viva y con su sombra que evoca la maléfica planta seca del Evangelio, cerca de la cual cayó mortalmente herido el Marqués Francisco Pizarro; Palacio de Gobierno que fuera tertulia literaria de los Virreyes Príncipe de Esquilache, Borja y Aragón y Montesclaros, salón de pavoneo de la nobleza y confidente testigo de escapadas clandestinas de virreyes embozados —como Enríquez de Guzmán, "el Virrey Hereje"— o de extraños manejos erótico-pecuniarios como los que gustaba el catalán Amat y Juniet que por amor de la criolla Perricholi dio a Lima paseos y jardines. Y frente a Palacio los Portales, lugares de comercio, de periodismo verbal y de tentaciones para los transeúntes hasta que merecieron el nombre de "Calle de los peligros"; el Municipio donde en la Conquista bárbara se hincaron las cabezas de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carbajal y que viera en una mañana de julio de 1821 el voto de Lima por la

Independencia; y un poco más allá, camino al río de poca agua, el Rímac, del que podría decirse lo que dijera Ortega sobre el Manzanares de Madrid, que es una "ironía líquida", lo que no empece a que sobre él se tienda el puente de piedra, hecho por Montesclaros, Virrey, poeta y constructor, para solaz de los vecinos que gustaban ir a sorber sus brisas en las noches caniculares, a refrescar el cuerpo y alegrar el espíritu viendo, tal vez, a Mariquita Martínez la de las bellas y negrísimas trenzas; por tal puente se llega al barrio jacarandoso y criollo donde se juntan el Paseo de Aguas y la Alameda de los Descalzos, haciéndole una cita al redondel de Acho, la plaza de más tronío y sabor de estos mundos en la que se han asomado desde los caballeros de peluquín empolvado del borbónico siglo XVIII hasta los Libertadores, los caudillos republicanos y la enterada y alegre afición taurina de la Lima de hoy. En esa arena, Palma lo cuenta, nació el arte de capear a la limeña, como lo prescribe en libro editado en Madrid el Marqués de Zavala, y en el que descollaron Arredondo y Juanita la Breña cuya estampa —mulata a caballo con gran cigarro en la boca granate— ha fijado el pincel de Pancho Fierro.

Los engendros contemporáneos de la mecánica, la electricidad, el cemento y la publicidad, acabaron un día —malo o bueno— con la atmósfera en la que vivían los personajes de la sugestiva farsa. Dió-sele a los limeños por restaurarla y preservarla en un empeño generoso cuanto desvariado de resucitar la "tradición". En los días presentes la ciudad se encuentra invadida por centenares de miles de provincianos, de hombres y mujeres de la serranía, bajo cuya sola presencia la tradición auténtica y aquella otra que quiso inventarse crujen por todos los lados. Una vez más, la ciudad de las sorpresas y las encrucijadas históricas se detiene perpleja ante las preguntas: ¿quién soy? ¿adónde voy? Entonces surge nuevamente la sonrisa socarrona de su genio tutelar. La Lima de Palma no ha muerto; no morirá. Ella pervive porfiadamente en los rincones y monumentos que sobrenadan como islotes en la creciente marea de cemento y asfalto. Vive, sobre todo, en un temple de alma que Palma caracteriza pero que por cierto no inventó. Lima es la tradición, pero ésta, la única, la verdadera, nace en el gesto de sus alfareros, agricultores y pescadores de hace miles de años, descubridores de la belleza y de la inmortalidad; se perpetúa y vivirá siempre por el conjuro del ambiente, de su increíble niebla fantasmal, de sus arenales, sus islotes, sus cerros yermos quemados por el sol que la visita en los meses caniculares y levanta suavemente el velo que cuida la alegría de su mar y sus jardines.

En el valle del "río hablador" se dieron cita y acudieron todas las

razas de Oriente y de Occidente, de América y del Africa; ahí calentaron su gran fogón de cocina universal, se burlaron unos de otros, quemaron a los herejes y enviaron santos al cielo. Ahí vivieron maldiciendo del clima y del prójimo, de la ciudad húmeda azotada por terremotos y puesta siempre a la merced del "más vivo". Maldiciéndola, pero sin concebir otra forma de existencia que "sub especie limeña", ignorando con olímpico descuido todo el mundo que dice existir más allá del límite de sus arenas. Tal vez a ese apego que tienen por su ciudad —pese a engañosos desfogues—, achaque Palma el que los perezosos limeños llegarán los últimos al llamado del Juicio Final.